

EL CHISTE.

COLECCION
DE OBRAS CÓMICAS Y DRAMÁTICAS.

PROVIDENCIAS JUDICIALES.

SAINETE EN UN ACTO Y EN VERSO ORIGINAL

DE

DON RICARDO DE LA VEGA.

MADRID.—1875.

ADMINISTRACION:—CALLE DE SEVILLA, 14, PRAL.



PROVIDENCIAS JUDICIALES.



Digitized by the Internet Archive
in 2015

PROVIDENCIAS JUDICIALES.

SAINETE EN UN ACTO Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON RICARDO DE LA VEGA.

Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Variedades
la noche del 24 de Abril de 1875.

MADRID:

IMP. DE DIEGO VALERO, SOLDADO 4.

1875.

PERSONAJES.

ACTORES.

DOÑA ROSA MARCHANTE.	D. ^a TRINIDAD VEDIA.
LA PEPA..	» JUANA ESPEJO.
DOÑA CARMEN BARAJAS.	» CONCEPCION RODRIGUEZ.
DOÑA ANGELES.. . . .	» CANDELARIA GARCIA.
DON ANTONIO DEL PEGO	
Y MONTE..	D. JOSÉ VALLÉS.
UN PRENDERO.. . . .	» JUAN JOSÉ LUJAN.
EL MANCO..	» ANTONIO RIQUELME.
D. JOSE M. ^a VERDUGO...	» ANDRÉS RUESGA.
SEÑOR COSTAS.. . . .	» JOSÉ GONZALEZ CHAVES.
DON JAIME..	» MARIANO MARTINEZ.
MOZO DE CUERDA.. . . .	» JOSÉ GONZALEZ.
UN ESCRIBIENTE.. . . .	» ANTONIO POVEDANO.
EL JUEZ DEL DISTRITO. .	» N. N.

Escribanos, alguaciles, guardias de órden público y gentes de todas clases.

Época actual.

Esta obra es propiedad de la galería cómico-dramática titulada EL CHISTE, y nadie podrá sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con quienes haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

Los comisionados de la Administración Lírico-Dramática de D. Eduardo Hidalgo, son los exclusivos encargados del cobro de los derechos de representación y de la venta de ejemplares.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa la sala de escribanos de un juzgado en las Salesas. Dos puertas: una la de entrada, y otra la del despacho del juez.

ESCENA PRIMERA.

Escribanos en sus mesas. En la del SR. COSTAS un escribiente. Los alguaciles sentados en un banco á la entrada. Sale DON ANTONIO y se dirige al escribiente que está en la mesa.

ANT. No está el señor escribano?

ESC. No señor.

ANT. Vendrá muy tarde?

ESC. No señor.

ANT. Pues si usted lo
permite, podré esperarle.

ESC. Espérele usted.

ANT. Mil gracias.

(Qué sitio tan agradable!..

por eso está siempre lleno

de gente de todas clases.

Qué frágil es este mundo!

(Se sienta en una silla que se rompe.)

Hasta las sillas son frágiles!
Siquiera por el decoro
de este templo de las artes
de Caco y José María,
no sería justiciable
que hubiera media docena
de sillas donde sentarse. (Pausa.)
Pues señor, bien: ya no tengo
ni los veinticuatro reales
que me quedaron anoche
en la timba de la calle
de los Negros. Me ví negro;
si me atisban me deshacen.
Levanté dos muertos; uno
de cuarenta y ocho reales,
y los perdí enseguidita;
no son para mí los naipes.
Me empeñé en jugar al gallo,
y el albur dále que dále.
A San Pedro le cantó
tres veces el gallo antes
de amanecer; pero á mí,
ya hacía tiempo bastante
que me habia amanecido
sin que el gallo me cantase.
Otro gallo me cantara
si yo no fuera un petate,
y si mi tío y tutor
no fuera un bribon tan grande.
Y mi mujer, sin saber
de ella siete meses hace.
No le he escrito ni una letra;
y la pobre desde Cádiz
me escribió más de cien cartas,
y yo sin dar ni señales
de vida, como un difunto.
Cuando haya sabido el lance

que me pasó... la justicia
vino á mi casa á embargarme
y no me dejó ni clavos!
es natural; los curiales
digieren hasta las piedras,
y se quedan tan campantes.
Pero aquí está el señor Costas:
valor.

ESCENA II.

DICHOS, y el SEÑOR COSTAS con varios expedientes debajo del
brazo.

Cos. Ha venido alguien?

Esc. Este caballero.

Cos. Ah! sí...
usted es el declarante...

ANT. Antonio del Pego y Monte.
Un alguacil, ayer tarde,
me llevó esta papeleta...

Cos. Sí, ya sé lo que es; citándole
á reconocer la firma
de un pagaré.

ANT. De mil reales
que me prestó un catedrático
de moral y humanidades
al cinco por ciento al mes.

Cos. El sesenta al año! Diantre!

ANT. Hace ya un rato que espero...

Cos. Yo anoche me acosté tarde,
porque estuve con el juez
á levantar un cadáver.

ANT. (Ah valiente! es de los míos!)
Y diga usted: ¿fué en la calle
de los Negros?

Cos. No señor;

- fué en la plazuela del Angel.
- ANT. (No conozco ese garito.)
Y el muerto estaba bastante repleto?
- Cos. Pues mire usted,
tenia quinientos reales
en oro y sesenta en plata.
- ANT. ¡Oh difunto respetable!...
Es decir, tocan ustedes
á catorce *durandastes*
cada uno.
- Cos. Qué dice usted?
- ANT. Que siendo á partes iguales...
- Cos. Pero usted cree que el dinero
que se encuentra en los cadáveres
es para nosotros?
- ANT. Ah!
ya comprendo! me distraje!..
Dispense usted, es que yo veo
muertos en cualquiera parte.
Conque vamos á otra cosa:
mi parentela no sabe
de mí hace ya siete meses;
cuando me quedé en la calle.
Si mi mujer y mis primos
ó mi tia doña Cármen
se presentan por aquí,
le doy á usted facultades
para que les diga usted
que yo, *requiescant in pace*.
- Cos. Quiere usted morirse?
- ANT. Sí;
esta vida perdurable
no es para mí, señor Costas.
- Cos. No está usted mal botarate.
Ea, firme usted aquí.
- ANT. Firmo, aunque todo es en balde,

porque como nada tengo
no puedo dar nada á nadie.

ALG. El señor juez! (Gritando.)

(Todos se levantan. El juez atraviesa la escena y entra en el despacho. El aguacil le abre la puerta y entra con él. Pausa.)

ANT. Qué feliz!

Con treinta y cuatro mil reales
de sueldo, y yo sin un real
para poder afeitarme!...

Qué vida, señor de Costas!...

Cos. Pues mientras usted no cambie...

ANT. Sí señor, dice usted bien.

Si encuentro algun cambiante
de moneda que me quiera
cambiar, puede ser que cambie.

Cos. Me parece que usted no
tiene trazas de enmendarse.

ESCENA III.

DICHOS y DOÑA ROSA MARCHANTE. Es una mujer de 30 años
andaluza, guapa y bien vestida.

ROSA. Muy buenos dias.

Cos. Muy buenos.

ROSA. Aquí vengo á molestarle.

Cos. Usted dirá.

ROSA. Sí señor.

Soy doña Rosa Marchante,
esposa por mi desgracia
de don Juan Toro y Fernandez,
y deseo ver al juez
si es posible en este instante.

ANT. (La esposa del señor Toro
tiene buen rostro y buen talle.)

Cos. Ah! usted es la que ha entablado...

ROSA. La que quiere divorciarse,
sí señor; porque mi esposo
es el hombre más infame
del mundo: me pega cada
paliza que me deshace;
y mis hijos... pobrecitos!...
tengo seis, como seis ángeles,
y gracia á que ninguno
tiene nada de su padre,
que si no era yo capaz
de hacer algun disparate.

Cos. Pues si usted puede probar
que su marido es tan cafre
que la pega á usted de palos...

ROSA. ¿Probarlo? nada más fácil.
Si tengo todo mi cuerpo
más negro que el azabache!
Mas como el decoro no
me permite desnudarme
delante del señor juez
para ver los cardenales
que tengo en todo mi cuerpo...
y eso que en mis mocedades
serví de modelo en Roma,
que es la cuna de las artes.
Me buscaban los pintores
por mis formas y mi talle,
y llamaba la atencion
la frescura de mis carnes.
Estuve allí pensionada
por el general Narvaez,
que era muy amigo mio
y me protegió bastante.
Pues bien, como iba diciendo,
como esto de desnudarse
delante del juez, no es propio
de señoras de mi clase,

se me ha ocurrido una cosa
muy sencilla: retratarme
en una fotografía
de cuerpo entero y en carnes,
para que el juez de primera
instancia, y los tribunales,
se convenzan de que soy
lo que se llama una mártir.

Cos. Pero señora, el fotógrafo,
digo, á no ser que se tape
los ojos...

ANT. No, hará otra cosa;
mientras esté retratándose
la señora, cerrará
los balcones un instante
para no verla desnuda,
y en acabando los abre.

ROSA. Qué guasones son ustedes!...
Si quien ha de retratarme
es un tío carnal mío;
un hermano de mi madre
que me lleva á mí cinco años
cumplidos; seis no cabales.

Cos. Ah, vamos.

ANT. Ya, entre familia
la cosa es de otro carácter.

Cos. Y su marido de usted
por qué la pega?

ROSA. Tunante!
porque es jugador; por eso;
porque todo cuanto cae
en sus manos, se lo juega
á la ruleta.

ANT. En la calle
de los Negros?

ROSA. Qué se yo?...
A mí me tuesta la sangre!

ANT. (Más se la tostará á él
si juega un pleno y no sale.)

ROSA. Maldita sea la ruleta
y los disgustos que trae! ..

ANT. Amen.

ROSA. Yo tuve una amiga
el año pasado en Cádiz,
que por dicha se ha quedado
viuda poco tiempo hace:
su marido era un tahir;
pero era un tahir tan grande,
que ha concluido su vida
en un patíbulo...

ANT. Zape!

Cos. Ojo, señor don Antonio

ROSA. Y su mujer es un ángel:
á él yo no le he conocido,
y si pudiera olvidarme
de su nombre, crea usted
que ganaría bastante.

ANT. Cómo se llamaba?

ROSA. Antonio
del Pego y Monte.

ANT. Qué?...

Cos. Calle!...

ANT. Señora, usted está segura
de lo que dice?

ROSA. No cabe
duda; pues si es ella misma
quien me lo contó ayer tarde...
Pobrecita!

ANT. Ella?... Pues qué ,
está en Madrid?

ROSA. Desde el martes.

ANT. Y dice que se ha quedado
viuda?

ROSA. Siete meses hace.

La desgraciada leyendo
los papeles oficiales,
el *Diario* y la *Gaceta*,
se enteró de la catástrofe.
Ella le escribió cien cartas
á su esposo desde Cádiz,
y él sin contestarla ni una
palabra, ni dar señales
de vida; claro, le habian
apretado ya el gaznate,
qué habia de contestar?

ANT. Señor Costas, esto es grave!

Cos. Yo no lo entiendo! ..

ANT. Ni yo!...

Cómo habrán podido ahorcarme
sin que yo lo haya sabido?...

Señora, usted está *guillati*.

ROSA. Qué dice usted?

ANT. Que usted oye

campanas, pero no sabe

dónde. Por ir á la timba

no le dan garrote á nadie.

Pues hombre, si eso se hiciera,

no habria sitio bastante

en los cementerios para

enterrar tantos cadáveres.

ROSA. Pues hijo mio, ella misma

si ustedes no se persuaden,

se lo dirá. Y sobre todo,

cuando ella piensa casarse

otra vez, ya ven ustedes

si tendrá seguridades

de que es viuda.

ANT. Cómo, cómo?...

ROSA. Aquí vendrán esta tarde

á enterarse del juzgado,

y ver cuáles son los trámites

del matrimonio civil.

Un tío suyo, un don Jaime
viejo y rico, es con quien ella
me ha dicho que vá á casarse.

ANT. (Con mi tío el usurero!
con el que se niega á darme
mi herencia!...) Qué dice usted?
Esto me parece grave!...

COS. (Bigamia! proceso! costas!...)
Déjela usted que se case.

ANT. Pues bien, señora de Toro,
si usted fuera tan amable
que le dijera á esa viuda
que mire bien lo que hace!...
porque puede suceder
que el difunto se levante
y la ponga de tal modo,
que tenga que retratarse
en una fotografía
para que los tribunales
vean que tiene su cuerpo
lo mismo que el azabache.

ROSA. Los muertos no se levantan.

ANT. Como haya quien los levante,
sí señora; y lo que es ese
si se empeña en levantarse...

ROSA. Es usted pariente?..

ANT. Sí;
tenemos la misma sangre.

ROSA. Pues Dios me libre de usted.

ANT. Y á mí de usted.

ROSA. Pero es tarde
y yo necesito ver
al juez.

COS. Está solo: pase
usted conmigo.

ROSA. Jesús!...

Debo estar como un tomate
de encarnada! Y estos son
mis colores naturales,
porque yo nunca me pinto.
Antes solia pintarme
un poco; pero mi tio,
el hermano de mi madre,
el de la fotografía,
se divertia en echarme
el humo, y me despintaba.
Conque entramos?

Cos. Adelante.

ROSA. Beso á usted la mano.

ANT. Abur

señora.

ROSA. Vaya un pelage!

(El Sr. Costas y doña Rosa entran en el despacho del juez.)

ESCENA IV.

DON ANTONIO.

Conque mi mujer me cree
difunto y viene á casarse?
A casarse con mi tio!
Con el viejo más infame!...
Pero, quién me habrá matado
en los diarios oficiales?
Y segun dice esta prógima
van á venir esta tarde
á enterarse del juzgado
para comenzar los trámites...
De qué medio me valdria
yo para ver lo que hacen
y que no me conocieran?...
Ah! qué ocurrencia! afeitándome
la barba, y con anteojos

consigo desfigurarme
de tal modo, que ni ella
ni sus parientes es fácil
que me conozcan: magnífico!
allá me voy!... pero táte!...
si no tengo ni un ochavo!...
Y el caso es que en esta calle
hay una peluquería...
Oh inspiracion! dos portales
más abajo hay casa de
préstamos: vaya á empeñarse
mi chaleco en ella: bien
valdrá seis ó siete reales....
me salvé. Chaleco mio!

(Con tono sentimental, pero en cómico.)

cuánto siento separarme
de tí! Vas á ir á la casa
de un prestamista apreciable
que gana el pan de su noble
familia sudando á mares.
Pero te juro chaleco
que á los seis meses cabales,
yo iré á sacarte de allí
si es que no té venden antes.
Te acuerdas, chaleco mio,
de cuando te llevó el sastre
á mi casa, y yo le dije:
«vuélvase usted esta tarde
á cobrar la cuentecita,»
que importaba treinta reales?
Pues todavía, ¡oh! chaleco,
no ha visto el dinero el sastre!
Cuántas veces esperando
de un *en tres* el desenlace
te hizo sentir tus latidos
mi corazon palpitante!
Tus bolsillos son dos vírgenes

á quienes no ofende nadie
depositando en su seno
lo que tanta falta me hace!
Prenda de mis *entretelas*!
Cómo siento que te guarden
donde el sutil ratoncillo
tus entretelas desgarré!
Mas por qué me aflijo así?
Qué importa que tu me faltes
cuando lo que sobra son
chalecos por todas partes?
Voy á que me hagan la barba,
quiero decir, á afeitarme. (Váse corriendo.)

ESCENA V.

EL MANCO, con chaqueta corta y gorra, que se dirige á uno de los
escribanos para preguntarle.

MAN. Quiere usted hacerme el favor
de decirme ó de llevarme
al escribano de aquella
mesa? (Señalando la del Sr. Costas.)

ESC. Puede usted esperarle
que no tardará.

MAN. Está bien. (Se dirige hácia la mesa.)
La Pepa no *pue* tardarse
mucho. Allí hay unas tijeras...
bien hermosas y bien grandes.
Y quién las va á echar de ménos?
Si valen dos ó tres reales
eso me encuentro. No están
ahora los tiempo *pa* andarse
(Las coje con disimulo y se las guarda.)
en requilorios. Así como así
desde ayer tarde no se ha hecho naa. Daremos
una vuelta por la calle

mientras que la Pepa viene
al juicio: hay tiempo bastante. (Se vá.)

ESCENA VI.

El SEÑOR COSTAS que sale del despacho del juez. Enseguida el procurador VERDUGO que viene de la calle. Es un hombre de cuarenta años, muy elegante, que se dá aires de aristócrata. Luego un mozo de cuerda cargado con un tremendo legajo de papeles.

Cos. La buena de doña Rosa
es muy capaz de pasarse
charlando un trimestre entero:
qué lengua! no hay quien la ataje!
Señor don José María
Verdugo! Qué es lo que trae
por aquí el procurador?

VER. Que he gastado el tiempo en balde.
Dos embargos y ninguno
ha dado á luz... Qué tunantes!
No tenían en su casa
ni sillas donde sentarse.
Sólo hemos hecho el embargo
á un viejecillo, un cesante,
que en cuanto me abrió la puerta
se echó á llorar, suplicándome
que me aguardara siquiera
dos dias. Insoportable
señor! Con cuatro chiquillos
casi enseñando las carnes!...
«Padre, dénos usted pan
que tenemos mucho hambre!»
Y él abrazaba á los chicos!...
Y luego fué á arrodillarse
delante de mí!... Pamemas!
Con que yo saqué á la calle
los trastos y no hice caso.
A mí me hierve la sangre

cuando doy con gente así;
los pobres son tan cargantes!...
Entre los muebles habia
un piano, que aunque no vale
gran cosa, siempre es un piano.
A mi hija que toca walses
y polkas, le viene bien
mientras hallo uno de lance
que cueste poco dinero.
La pobrecilla, que pase
el tiempo y que se distraiga.
El deber de todo padre
es dar á sus hijos siempre
lo que sea razonable.
Estoy sudando lo mismo
que un pollo: cuántos afanes
cuesta ganar el dinero
con dignidad.

Cos. Oh! indudable!

Mozo. Dónde pongo esto?

VER. Déjalo
allí.

Cos. Qué es eso que trae?

VER. La cuenta de mis derechos
en el pleito con don Práxedes.
Conque no hay nada pendiente?

Cos. Por hoy no.

VER. Voy á llegarme
al repartimiento y vuelvo.
Toma, no tengo bastante;
(Al mozo dándole dinero.)
otra vez te daré más.

Mozo. Diez cuartos?...

VER. Y sobra: lárgate
de aquí. (Con tono imperioso.)

Mozo. Bueno, me conformo!...
(No me lleven á la cárcel!...) (Váse.)

VER. Siempre andan con socaliñas!
si tuvieran que ganarse
el dinero como yo
sudando gotas de sangre!... (Váse.)

ESCENA VII.

EL SEÑOR COSTAS. Enseguida DOÑA CÁRMEN BARAJAS. Es una señora sumamente vieja, alta, delgada y muy derecha; anda muy despacio, pero con pié firme; habla siempre en el mismo tono y á compás. Viste de luto.

COS. Ya no está aquí don Antonio
del Pego: Qué botarate!
y su familia creyendo
que le han ahorcado; qué cafres!
y decir que lo han leído
en los diarios oficiales!...

CAR. Muy servidora de usted.

COS. Servidor.

CAR. Soy doña Cármén
Barajas, viuda de Gallo.

COS. No sé...

CAR. No; si usted no sabe
quién soy yo. Hace cuatro días
que llegué de Castro-Urdiales,
y me encuentro en la familia
con una horrible catástrofe.

COS. (Me huele á que esta es parienta.)

CAR. La justicia inexorable
me ha privado de un sobrino....

COS. (Ya escampa, y llovía á mares!)
No prosiga usted, señora;
sé de lo que vá usted á hablarme.

CAR. Infeliz! pícaro juego!
Mi esposo era comandante
de caballería, y
tenia, para mis males,

bastante arraigado el vicio
maldecido de tirarle
de la oreja al señor Jorge;
y en él perdió sus caudales
mi esposo, porque tenia
la manía inexplicable
de apuntar siempre al caballo,
solo por ser comandante
de caballería; en fin,
yo venia á suplicarle
que me indicára los medios
de ver y hablar un instante
con el verdugo. El verdugo
me podria dar los detalles
de los últimos suspiros
de mi siempre inolvidable
sobrino.

Cos. Pues aquí viene.
(Viendo venir al procurador Verdugo.)
(y que no es mentira.)

CAR. Calle!
ese?

Cos. (Se llama Verdugo,
y fué quien puso en la calle
á Don Antonio del Pego!...)

ESCENA VIII.

DICHOS y el procurador VERDUGO que sale distraido leyendo unos
autos.

CAR. Y cómo tan elegante?

Cos. Porque en el dia, señora,
progresan las nobles artes. (Se sienta á su mesa.)

CAR. Quiero hablarle y me dá miedo!
Qué horror! En fin, adelante.
Es usted el señor Verdugo?

VER. Yo soy.

CAR. (Cómo huele á sangre!)
Recuerda usted á don Antonio
del Pego y Monte?

VER. Bastante,
por lo que me dió que hacer.

CAR. Pues bien, yo soy doña Cármen
Barajas, su tia.

VER. Sí?
Pues en veinte años cabales
que ejerzo, á fé de Verdugo
no he visto igual botarate.

CAR. (Veinte años de retorcer
pescuezos! Vírgen del Cármen!)

VER. Pero si hubiera querido
hacer caso y sujetarse,
no hubiera tragado tanta
saliva.

CAR. (Jesús me ampare!)
Con que el pobre sufrió mucho
en los últimos instantes?

VER. Se las echaba de terne;
mas cuando se vió en la calle
cambió de tono.

CAR. Lo creo;
cuando fuera aproximándose
al afrentoso lugar!...

VER. Al fin y al cabo dió al traste
con su arrogancia, y cayó
de su burro.

CAR. Oh duro trance!
(Siempre fué muy mal ginete!)

VER. Le hablé; no quiso escucharme;
me cansé; dí media vuelta,
y abur.

CAR. (Uf, qué mala sangre!)

VER. Yo cumplí con mi deber.

Estaba tan terminante
la escritura, que no habia
manera de libertarse
de aquel instrumento público.

CAR. Pues yo venia á rogarle
una cosa: y es que quiero,
aunque sepa desmayarme,
ver yo misma ese instrumento.

VER. (Qué rareza!) Por mi parte...
el escribano lo tiene:
si él quiere, puede enseñarle.

CAR. Gracias. Señor escribano
(Dirigiéndose al señor Costas.)
el verdugo, que es amable,
me envia para que usted
me haga el favor de enseñarme
el afrentoso instrumento...

COS. No diga usted disparates!...

CAR. Lo mejor será que yo
entre á ver al juez y hablarle.
Aquí tengo la *Gaceta*.
«En la mañana del mártres (Leyendo.)
veinticuatro de Febrero!...)
Qué horror! Dia memorable
para toda la familia!...
(Se retira al foro y se sienta.)

ESCENA IX.

DICHOS y la PEPA, moza guapa, de barrio bajo, con pañuelo á la
cabeza, pero bien vestida. Habla con mucho desgarro. Luego el
MANCO.

PEPA. Servir á usted.

COS. Dios la guarde.

PEPA. Aquí vengo porque me han
citao pa que me declare
con uno, lo cual que quiere

por fuerza que yo le pague
lo que no le debo, y yo
que soy hija de mi madre,
antes me dejo arrancar
el moño, que que él me saque
un real de la faltriquera.

Cos. Ya; usté quiere carearse...

PEPA. Quién yo, carearme? quiá!
no señor! qué disparate!...
tengo yo todas las muelas
y los dientes *mu* cabales
pa que á mí se me careen:
y si usted no se *presuade*
meta usté el dedo.

Cos. Está usted
diciendo barbaridades.

PEPA. Cómo ha de ser!

Cos. Pero así
que venga su contrincante
ustedes se entenderán.

PEPA. *Pus miste* que en cuanto pasen
diez minutos yo me marchó.

Cos. Por mí, tómese usté el portante
ahora mismo; y usted tiene,
si el juicio ha de celebrarse,
que venir acompañada
de su hombre bueno. Ya sabe
usted que así está mandado.

PAPA. Ya lo sé.

MAN. Muy buenas tardes.

PEPA. Aquí está ya mi hombre bueno.

MAN. Es favor que esta me hace.

Cos. Cómo se llama usted?

MAN. Yo?

Me llamo Julian Mochales
álias el Manco.

Esc. Buen mote.

- MAN. Era el mote de mi padre.
COS. Conoce usted á la señora?
MAN. Es vecina de mi caye.
COS. Y de qué vive?
PEPA. De todo
lo que entra por el gazonate.
COS. Es usted casada?
PEPA. No
señor.
COS. Y tiene usted padres?
PEPA. No señor: estoy ahora
pretendiendo acomodarme.
COS. Y de qué?
PEPA. De ama de cria
para casa de los padres.
Hay *presonas* que respondan
de mi *hombria de bien*.
COS. Zape!
PEPA. Tengo un señor que me abona.
COS. Me alegro. (Infelices padres
los que te entreguen su hijo
para que tú le amamantes.)

ESCENA X.

DICHOS y DON ANTONIO, todo afeitado con anteojos verdes. Trae muy abrochada la levita para que no se le note la falta del chaleco.

- ANT. Pues señor, estoy de modo
que no me conoce nadie:
esperaré á mi mujer
y al tunante de don Jaime
mi tio. Señor de Costas!
COS. Quién?
ANT. Yo!
COS. No conozco... calle!
es usted?

ANT. Me he puesto así
para poder presentarme
sin que mi mujer al pronto
me conozca.

Cos. No, no es fácil!...
Es usted el mismo diablo!

ESCENA XI.

DICHOS y el PRENDERO. Es un hombre de cuarenta y tantos años, gallego. Viste un leviton ridículo y sombrero de copa alta antiguo.

PREN. Señores, que Dios les guarde.

PEPA. Aquí está ya el tío pendon.

MAN. *Pus* achántate y no la armes.

PREN. Seor escribano; yo soy
de este juicio el demandante.

Cos. Perfectamente.

ANT. (Yo he visto
á este hombre en alguna parte!...
Toma! pues si es el prendero
que compró todo el mueblaje
que me embargó la justicia!...
A qué vendrá este tunante?)

Cos. Usted traerá su hombre bueno? (Al prendero.)

PREN. No señor, no traigo á nadie.

Cos. Pues es preciso.

ANT. (Aprovecho
la ocasion para ganarme
un par de pesetas.) Yo,
si el señor quiere aceptarme
por su hombre bueno....

PREN. Corriente;
con tal de que esto se acabe!...

PEPA. Sí, tan bueno será el uno
como el otro.

MAN. Que te calles! qué te calles!... (A Pepa.)

PREN. Poco á poco

seor escribano! quiero antes
hacer *costar* por escrito
cuanto la señora hable.

Sí, porque tiene una lengua
que corta un pelo en el aire.

PEPA. La ha *prova*o usted alguna vez?

COS. Vaya, al grano.

ANT. (Edificante
situacion!)

PREN. Yo soy prendero;
y yo compré en un remate
los muebles de un don Antonio
del Pego y Monte: un pillastre.

COS. Cómo?

ANT. (Agradece que soy
tu hombre bueno en este instante.)

PREN. Esta señora fué un día
á mi tienda en un carruaje
de plaza con un señor.
Lleváronse dos divanes,
una consola, un espejo,
y dos docenas cabales
de sillas, y otros enseres.
Pero hicieron el enjuague
de que iban á cambiar
un billete de mil reales,
y yo que soy un borrico...

PEPA. Arre burro!

PREN. Oye usted?

MAN. Cállate! (A Pepa.)

PREN. Me llama burro! qué *cueste*!
Que esto no debe aguantarse!
Y ahora sigo. El caballero
que por cierto era bastante
viejo, me dió un pagaré
á tres meses fecha, y cátales
aquí. (Sacando un papel del bolsillo.)

Ya van siete meses
y no logro que me pague.
La señora, como el viejo,
en tal caso es responsable.

PEPA. *To* cuanto ha dicho es mentira.

PREN. Mentira? Qué *cueste!*

PEPA. Y grande,
sí señor; ni allí hubo cambio
ni billete de mil reales
ni *ná*: sino que el señor
acostumbra por las tardes
á cambiar la peseta!...

PREN. La señora está faltándome,
seor escribano, que *cueste!*

PEPA. Pero si quiere llevarse
los muebles, allí los tengo,
que maldito lo que valen.

PREN. No, porque no son mis muebles
los que ustedes quieren darme;
que me los han cambiado.
Ustedes creen que ya nadie
los conoce, porque el único
que podía dar señales
era el dueño; don Antonio
del Pego; y como se sabe
que á ese señor por sus crímenes
le apretaron el gaznate...

ANT. (Qué bruto! pues ya me carga
esto de ser yo cadáver
por mano de la justicia
sin haber ido á la cárcel.)

PREN. Se quieren aprovechar...
pero de aquí en adelante
no me dormiré en las pajas.

PEPA. No; que *pue* usted equivocarse
y comérselas creyendo
que son *huevos hilaos*.

MAN. Dále!... (A Pepa.)

PREN. Otra vez me está faltando!
Qué *cueste*!

PEPA. *Mia* el tío *fulastre*!

PREN. Yo *fulastre*? Esa palabra
que *cueste*!

MAN. Tienes la sangre!... (A Pepa.)

PREN. Yo pido que *cueste* todo!

COS. Bueno, no hay que impacientarse;
todo cuanto aquí se diga
costará.

ANT. (Digo, y bastante!)
El escribano lo dice
y no hay miedo de que falte.

MAN. Lo ves tú? Cada palabra
que digas, veintidos reales
lo ménos! Si en no viniendo
con la guita por delante!...

PREN. Guita! Qué es eso de guita?...
Eso no está á mis alcances!

ANT. Hombre, esa es una palabra
que hoy día se usa bastante,
y significa dinero.

PREN. Pues de todo ha de enterarse
el señor juez.

PEPA. Andandico!
que ya tengo yo la sangre
en la cabeza! Maldito
sea el juicio que me trae
á mí el mio más revuelto
que si *fuá* cajon de sastre.

MAN. Mira Pepa: tú no estás
ahora para presentarte
delante del señor juez.
Salte ahí á tomar el aire
y luego entraremos.

COS. Sí;

- usted debe serenarse.
PEPA. De veras eh? *pus* ahora mismo me voy á la calle *pa* serenarme á mi gusto. Si el señor quiere, ya sabe dónde vivo; que me busque y en casa haremos las paces. Y usted señor escribano me alegraré de que gaste usted todita la tinta del mundo y sus arrabales en *escrebir* el negocio; pero *to* lo que usted saque que me lo claven aquí. Y no quiero sofocarme que tengo que dar el pecho á mi niño, y no me sale la cuenta si me sofoco y se me vuelve vinagre; porque soy *honrrá* y la prueba es que nunca he *estao* en la cárcel. Conque abur, que para broma ya hemos *hablao* bastante. (Se vá.)
PREN. Seor escribano, qué *cueste*.
ANT. Déjela usted que se marche.
MAN. Ustés *disimularán* la palabra y los modales de la señora .. porque ella no distingue de explicarse. Soy su hombre bueno... lo cual que sé que soy hijo de mis padres... que no es poco... y luego... en fin... tengan ustés buenas tardes. (Se vá.)

ESCENA XII.

DON ANTONIO, COSTAS y el PRENDERO.

- ANT. Déme usted el pagaré.

PREN. Aquí está.

ANT. Veamos. Calle!...

Es su firma! Sí! Su firma!...

«Valor de cuatro mil reales.»

Señor Costas, si es mi tío!...

Cos. Cómo?...

ANT. Mi tío don Jaime!

el que se quiere casar

con mi mujer! ah! tunante...

PREN. Eh? qué diablos dice?

Cos. Sí?

Pues enseguida citarle

para que la reconozca,

y ó paga ó que se le embargue.

ANT. Cuánto me dá usted si cobro

esta cantidad á escape?

PREN. Mitad por mitad; partimos.

ANT. Pues usted puede ayudarme,

porque el deudor, segun creo,

vá á venir aquí esta tarde.

PREN. Como lo vea, no sé

si contenerme ó pegarle

dos puñetazos!

ANT. Bien, eso

se hace luego... Casi, casi

(A Costas.)

estoy por decirle á éste

quién soy yo: desengañarle,

por si pudiera ser útil...

qué opina usted?

Cos. Sí, más vale.

ANT. Dígame usted buen amigo: (Al Prendero.)

no ha visto usted en otra parte

esta cara?

PREN. A la verdad

que hace tiempo está chocándome

la voz... y hasta las *faiciones*...

más no sé...

- ANT. Soy un cadáver!
un ajusticiado!
- PREN. Cómo?
- ANT. Sí, yo soy aquel pillastre
que usted dijo: don Antonio
del Pego y Monte!
- PREN. Mi madre
me valga!!
- ANT. Chist!.. no se asuste.
- Cos. Díganos de dónde diantres
ha sacado esa noticia.
- PREN. Mala pulga me atarace
sino lo trajo el *Diario*
de Avisos.
- Cos. Qué disparate!...
- ANT. Mi tío, señor de Costas,
es acreedor á tratarle
como al mayor enemigo.
No porque quiera casarse
con mi mujer; sino porque
siendo mi tutor, negarme
el pequeño capital
que me dejaron mis padres,
eso....
- Cos. Pero eso no basta.
- ANT. Si es que ha sido tan infame
que me ha hecho firmar en blanco
un papelote, engañándome;
y ese documento es una
declaracion terminante
suscrita por mí, que dice
que en tal fecha, al declararme
mayor de edad, me entregó
trescientos veinte mil reales,
que es mi herencia.
- Cos. Qué bribon?
- ANT. No merecia matarle?

Cos. Lo que merecia es
caer conmigo.

PREN. Y cobrarle
mis cuatro mil.

ANT. Pero yo
le juro que he de vengarme.
Véngase usted allá fuera, (Al Prendero.)
no lleguen y nos atrapen,
y le explicaré mi plan.
Hoy damos un golpe en grande.

PREN. Andando.

ANT. Señor de Costas,
el muerto vá á levantarse. (Se vá con el Prendero.)

ESCENA XIII.

El SEÑOR COSTAS, enseguida ANTONIO, luego ROSA que sale del despacho del juez, y ANGELES que viene de la calle vestida de luto y acompañada de DON JAIME, viejo verde, con lentes y vestido á la moderna. Habla media lengua, y se dá golpecitos en la pierna con un junquito, echandóselas de seductor.

Cos. Pero qué casos tan raros
se ven en los tribunales:
en fin, aquí hay tela larga,
y primero que se acabe...
(Suena la campanilla del juez.)
El juez llama: estará frito
con doña Rosa Marchante!
Con una mujer así
no hay resignacion que baste;
ella se lo dice todo;
ella es juez, fiscal y parte.
Gracias á que su divorcio
no le ha de salir de balde.
(Entra en el despacho del juez.)

ANT. (Saliendo.) Mi mujer viene hácia aquí!

Y del brazo de don Jaime
mi tío! Y viene de luto!
Ella hermosa como un ángel!...
Y llorando! Pobrecita!
Cuando ella accede á casarse
será porque la miseria!...
Es claro! Soy un infame!...
Y al fin de esa galería
he visto á mi tía Cármen!
Y tambien de luto!... Pues
señor, no puedo quejarme.
Ea, manos á la obra.

(Se sienta en la mesa del Sr. Costas.)

ROSA. (Saliendo.) Jesús qué fino y qué amable
es el señor juez! Yo salgo
tan contenta!... Querida Angeles!

ANG. Rosa!

ROSA. Cómo estás? Ya sé
el negocio que te trae
que es bien distinto del mío:
tú vienes aquí á casarte
y yo á descasarme.

ANG. Rosa
calla por Dios! Este enlace
me repugna, y te aseguro
que si lo llevo adelante
es solo por la miseria!...

JAI. Señora... (Qué lindo talle!)

ROSA. El señor es tu futuro?

ANG. Sí.

ROSA. Por muchos años.

JAI. (Qué aire
tan retrechero y qué ojitos!)
Usted es amiga de Angeles?
Tambien lo será usted mia.

ROSA. Nos conocimos en Cádiz
hace un año!. . Lloras? Hija

es preciso ir olvidándose
del difunto.

ANT. (Aquí entro yo.)

ROSA. Bien pocas felicidades
te dió.

ANT. (Se ha visto la muy...)

JAI. Déjela usted que se case
conmigo, y entonces...

ANT. (Qué

série tan interminable

de bofetadas le voy

á arrimar á ese vergante!)

ROSA. Pues hija, lo que es mi esposo
si Dios quisiera llevársele,
ay qué descanso! Porque eso
de por mañana, y por tarde,
y por noche... (Haciendo ademan de que la pega.)

ANT. (Cuando él

la zurra por algo lo hace.

ROSA. No piensa más que en la sota
y en mí, nunca!

JAI. Qué mal hace!

Yo la libentaré á usted

de tan bárbaros ataques.

(Es que es guapa la mujer!...)

Con perdon voy á enterarme...

(Se acerca á la mesa donde está D. Antonio.)

Servir á usted.

ANT. (Dios me ayude!)

JAI. Diga usted: para casarme
civilmente, usted me hará
el obsequio de tomarse
la molestia... porque en fin,
yo no conozco los trámites...
no sé por dónde se empieza...

ANT. (Yo te lo diré.) Es muy fácil. (Fingiendo la voz.)
Lo primero es una instancia

que usted al juzgado hace
diciéndole que es soltero
y que pretende casarse.

JAI. Y es cosa breve?

ANT. Brevísima.

En un papel de seis reales...

JAI. Seis reales? No sé si traigo...

ANT. (Ah usurero! Te clavaste!)
Aquí hay papel: si usted quiere
firma aquí, porque hoy es tarde:
pero mañana á primera
hora hago que se despache,
y lo demás que hay que hacer
no cuesta nada, es de balde.

(Le presenta un pliego de papel sellado, en blanco, que don
Jaime firma.)

JAI. Perfectamente. (Con eso
no gasto ni los seis reales.)

ANT. (Bendita la Providencia!
no hay deuda que no se pague!)
Muy bien. (Hoy recobro mis
trescientos veinte mil reales.)
(Se guarda el papel.)

ESCENA XIV.

DICHOS y el PRENDERO. Luego la PEPA y el MANCO.

PREN. Don Antonio, se vá á armar (Bajo á Antonio.)
la gorda! escándalo grande!
Ahí viene la Pepa, la
del juicio, con el pillastre
que le sirvió de hombre bueno.
Dice que ha visto bajarse
de un coche con una dama
al viejo, y que vá á sacarle
los ojos.

- ANT. Oh Providencia!
que venga y que se los saque...
- PEPA. Buenos días.
- JAI. (Uf! cayóse
la casa acuestas!)
- PREN. (Buen lance!)
- PEPA. Hágame usted el *oisequío*
de venir: tengo que hablarle. (A Jaime)
- ROSA. Quién es?
- ANG. No sé.
- JAI. Estoy ahora
ocupado!...
- PEPA. No me saque
usted la lengua á paseo,
porque corre mucho aire
y se me *pue costipar*.
- JAI. Yo!...
- ANG. Qué es esto?
- ROSA. Qué lenguaje!
- PEPA. Y que *dende* aquí se tarda
muy poco en ir á la cárcel.
- JAI. Yo no la conozco á usted!...
- PEPA. Ay que risa!
- MAN. Pepa!...
- PEPA. Fácil
será... Diga usted señora: (A Angeles.)
quién la ha metido en que trate
con el señor?
- ANG. Qué vergüenza!
- JAI. Qué le importa á usted ni á nadie?
- ROSA. Qué tono!
- JAI. Vámonos niña.
(A Angeles. Quieren lo llevársela.)
- PEPA. Eso quiero yo; á la calle;
allí verá este guripa
quién soy yo.
- ANG. Qué horror! don Jáime!..

- ROSA. Pero es acaso algun pleito?
PEPA. Pleito? Cá!... que estoy yo antes
que esta madama, y que tengo
lo que tengo... y él lo sabe!...
JAI. Mentira!
MAN. Quítate de ahí!... (A Pepa.)
Yo hablaré, porque soy parte,
y porque, en fin, la señora
es vecina de mi calle... (Por Pepa.)
lo cual que soy su hombre bueno...
aunque no debo alabarme.
El caso es que el caballero
con *tó* su reló y sus guantes...
en fin, que no es caballero!...
JAI. Insolente!...
PREN. (Ah boca de ángel!)

ESCENA XV.

DICHOS y el SEÑOR COSTAS.

- Cos. Señores, tengan ustedes
la bondad de reportarse;
que esto más bien que juzgado
parece casa de Orates.
MAN. Por mí ya está *acabao to*:
pero á mi me gusta darle
á cada uno lo que es suyo
y no tomar *ná de naide*.
(Se guarda una salvadera de la mesa del señor
Costas sin que lo vean.)
PEPA. Pues yo aseguro!...
ANT. Silencio!
y prepárense á escucharme! (Poniéndose en medio.)
PREN. (Vá á resucitar el muerto!)
ANT. Usted, señora doña Angeles,

vá á casarse con un viejo
tan raro y tan miserable?

JAI. Cómo es esto?

ANT. A usted le consta
de una manera indudable
que es viuda?

ROSA. Jesús!...

ANG. Dios mio!
Ojalá no me constase!...

JAI. Oiga usted: pues no es notorio
que su esposo fué un tunante
y que murió en un patíbulo?

ANT. Pero y si resucitase, (A Don Jaime.)
y con su voz natural
le dijese á usted: Tío Jaime!
con que te gastas con mozas
la fortuna de mis padres,
y con mi mujer te casas
para sitiaria por hambre?

JAI. Jesús me valga! (Conociéndole.)

ROSA. Qué dice?

ANG. Qué es esto?

PREN. No hay que asustarse
señores; que don Antonio
el muerto, no está distante
de aquí.

ANG. Dios mio! Es posible?
O ustedes están burlándose?
Yo quiero verlo!

ROSA. Yo nó!
que soy muy impresionable.
Un hombre muerto! Qué horror!
si fuera uno vivo, pase!...

ANT. Ahora ajustaremos cuentas. (A Don Jaime.)

ANG. Pero dónde está?

ANT. Delante
de tí!... (Abrazándola.)

- ANG. Antonio!...
- ANT. Sí! yo mismo!
- PREN. Vengan mis cuatro mil reales! (A Jaime.)
- COS. Sí, pero con expediente:
yo me encargo de formarle.
- ROSA. Por eso me dijo que
tenia su misma sangre.
- ANT. Déjame decirle al tío (A Angeles.)
cuatro cositas aparte.
- VER. Pero se puede saber
qué es esto?
- COS. Un chistoso lance!
- ANT. Esta es su firma de usted. (A Jaime aparte.)
Aquí encima me es muy fácil
poner que tiene usted mio
millon y medio de reales.
- JAI. (Estoy perdido!)
- ANT. Mañana
antes que el día se acabe,
me pone usted en la mano
lo que heredé de mi padre,
y yo rompo este papel;
porque no soy tan infame
como usted; y ahora sin más,
se marcha usted de aquí á escape
con esta señora y su hombre
bueno, y los tres en la calle
se las arreglan ustedes
como mejor les agrade.
- PEPA. *Venga usted acá, so pendon!*
(Cogiendo á D. Jaime del brazo.)
- JAI. Oye sobrino!...
- ANT. Es en balde.
- MAN. Cumpla usted con la señora
ú le *pimplo*. (A Jaime.)
- PEPA. Eche pa adelante!...
- JAI. (Él resucita y yo muero)

víctima de estos salvajes!...)

(La Pepa y el Manco se llevan á D. Jaime á empujones.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, luego DOÑA CÁRMEN BARAJAS leyendo la *Gaceta*.

ANG. Pero yo no vuelvo en mí
de alegría!

ROSA. Qué chocante
es todo esto! Pero hija
el año pasado en Cádiz,
no se dijo que á tu esposo
le habian?...

ANT. De dónde diantres
han sacado ustedes una
barbaridad semejante?

ANG. De la *Gaceta*.

PREN. Del *Diario*.

VER. Imposible!

COS. Disparate!

CAR. Sobrino del alma mia!
«En la mañana del martes
veinticuatro de Febrero!...»

ANT. Ahí tienes á mi tia Cármén!...

ANG. Es verdad!

COS. Con la *Gaceta*
en la mano! Si usted me hace
el favor... (Quitándole la *Gaceta*.)

CAR. Con mucho gusto.
Y el instrumento infamante?...

COS. Aquí está la providencia.

ANT. Léala usted á ver qué trae.

COS. «En virtud de providencia judicial, se sacan á pública subasta varios muebles y efectos procedentes de embargo hecho para pago de un acreedor, á D. Antonio del Pego y Monte, el cual fué ejecu-

tado en la mañana del martes veinticuatro de
Febrero de mil ochocientos setenta y cinco.»

PREN. Lo vé usted? Ejecutado!

ANG. Ejecutado!

ANT. No extrañen (Riéndose.)

ustedes esa palabra...
son los términos usuales.

A mí se me ejecutó...

VER. Y yo fui el ejecutante.

ANT. Es cierto, el procurador.

ROSA. Y todo ello ha dado márgen
á que esta pobre criatura
fuera á hacer un disparate!...

ANT. Es verdad; pero tambien
ha servido para darme
á conocer, que es preciso
ser otro hombre en adelante.
Tia Cármen! (Yéndose á ella.)

CAR. Quién?...

ANT. Su sobrino!

Míreme usted!

CAR. Dios te salve! (Asustada.)

ANT. Hágame usted el favor
por hoy de no desmayarse.

CAR. No te mató la justicia?

ANT. A mí no puede matarme
más providencia, que aquella
que me está mirando, y sabe
que no hay mayor purgatorio
que caer entre curiales.

CAR. Pues no es usted el verdugo? (A Verdugo.)

VER. Señora, á mí compararme!...

Yo soy don José María. (Con énfasis.)

ANG. Antonio!

ANT. Querida Ángeles!

Señores, oid. Mañana
á las siete de la tarde

en el gran café de Fornos
convido á los circunstantes
á solemnizar mi vuelta
á este mundo miserable,
con un banquete pagado
por mi *buen tío* don Jaime.
Y á cambio de esta fineza,
que presumo ha de agradarles,
pido á ustedes una cosa:
y es, que desde hoy se redacten
en otros términos, las
Providencias judiciales.
(Al público.) Y aquí concluye el sainete,
perdonad sus disparates.

FIN.

